

# EL VERBALISMO Y EL MEMORISMO, PELIGROS DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA: MEDIOS PRACTICOS PARA EVITARLOS

por MANUEL FERNANDEZ ALVAREZ  
Profesor Académico de la Universidad de Madrid.

La cuestión es ya vieja, y puede resumirse en estos términos: ¿Cómo es posible que la Historia, cuya trama la forma la vida misma, pueda convertirse en una disciplina árida, cuyo estudio abrumba con frecuencia al niño como una carga odiosa? Esa es una realidad que no cabe negar: para muchos niños resulta muy ingrato el tiempo que dedican a estudiar la lección de Historia. ¿Por qué?

Entre las causas más inmediatas los pedagogos han encontrado estas dos, muy unidas entre sí: el memorismo y el verbalismo, obligando al escolar a un esfuerzo que para él carece de sentido, como lo es el aprenderse listas de personajes que a nada le suenan, y relaciones de años y sucesos interminables. Personajes, sucesos y fechas que, despojados forzosamente de su interés vital, dejan al manual de Historia convertido en reseco esquema.

Y no puede aducirse que ese desvío se deba, con frecuencia, a que el niño de la Enseñanza Primaria aún no está maduro para los densos estudios de la Historia. Pues, por el contrario, el interés inmediato que se observa en el niño por los relatos nos prueba que responde a esa inquietud, que pasando el tiempo se puede cristalizar en preguntas más hondas acerca de las grandes interrogantes que el pasado plantea al hombre. Es, por tanto, muy conveniente fomentar tales inclinaciones naturales con mano hábil, evitando al propio tiempo caer en los peligros de que la enseñanza de la Historia, mal enfocada, abrume al pequeño escolar; lo cual traería consigo un retraimiento futuro hacia una disciplina que, sea cual fuere la profesión que el muchacho escoja, siempre puede serle de gran utilidad. No hay rama de la Ciencia, no lo olvidemos, que no dedique buena parte de sus estudios a conocerse a sí misma, partiendo de su propia historia. Pues, ¿qué avances se pueden realizar sin tener en cuenta el proceso histórico de los logros conseguidos? Y esto reza lo mismo para la Filosofía que para las Matemáticas o la Biología. Por algo defendía Flint que del estudio y meditación de la Historia de la Filosofía sur-

gía filosofía, como del de los poetas, poesía. Eso sin contar con el alto valor paradigmático que tiene la Historia, al ofrecer al niño toda una galería de personajes, en cuya elección de simpatías puede empezar a cristalizar el alma infantil, con su personalidad cada vez más definida. Bien conocido es que se acaba, en no raras ocasiones, siendo religioso, artista, guerrero o escritor, porque hemos sentido sobre nosotros el influjo de la vida y hechos de religiosos, artistas, guerreros o escritores. Y lo mismo puede afirmarse, naturalmente, respecto a los hombres de empresa, exploradores, científicos o profesores. Esto por lo que hace a las vocaciones más hondas, por lo que se refiere a quienes tratan de encontrar su propio camino, sin seguir forzosamente aquel que le marcan las directrices familiares o las circunstancias sociales en que vive. Y esto ya lo conocían los antiguos. De ahí la importancia que se daba, en la educación de los príncipes, a las lecturas históricas, al comentario sobre las grandes gestas de los antepasados. Nada como vivir un clima de grandeza si se quiere ser grande, en el sentido de los altos valores espirituales. Lo cual importa tanto más cuanto que se ha de tener bien presente que en cada niño puede estar en germen la personalidad de un gran hombre del mañana, y es tarea del maestro ayudar al alumbramiento de esa personalidad futura. ¿No es, acaso, la mayor riqueza de los pueblos la riqueza humana?

Por tanto, puede resultar trascendental cuidar esta faceta de los históricos, si en verdad queremos aprovechar hasta el máximo —en beneficio de ellos mismos, y en beneficio de la comunidad— las posibilidades que nos depara la cantera humana que la población escolar pone en nuestras manos. Piénsese, sin más, que un hombre que vive la profesión que ama está moviéndose en un círculo armónico, y que la sociedad es la primera en sentir los benéficos influjos de esa vocación lograda. ¿Será preciso resaltar los graves daños que se derivan de la situación contraria?

Todo lo cual quiere decir esto: es muy nece-

sario hacer agradable la disciplina de la historia desde la Enseñanza Primaria.

Pueden darse algunas reglas prácticas, empleadas ya con éxito, y que están dictadas por el sentido común. En primer lugar, que el esquema de nombres de personajes, de sucesos y de fechas que debe aprender el niño, se reduzca a lo fundamental, y que estos fundamentos no pierdan su calor humano. En segundo lugar, que se marque el acento sobre escogidas lecturas históricas, ampliamente comentadas, y a las que sigan coloquios entre el alumno y el maestro; pues cuando el alumno se vea prendido por el interés del relato, querrá saber más y más acerca de cómo ocurrieron las cosas.

Está, luego, el habitamiento del alumno a hacerse preguntas sobre los testimonios históricos que le sean familiares: la misma fundación de la escuela, la iglesia de su parroquia, el castillo de tantos pueblos de nuestra geografía hispana, las murallas, los monumentos, en suma, de cada localidad, así como los lugares cercanos que fueron marco de peculiares sucesos. En el mismo paisaje existen notas que hablan a la mente del historiador: los desfiladeros por donde se producen las grandes invasiones, las llanuras escenario de grandes batallas, los reductos naturales, los pasos de los ríos, etc., etc. Y esa nota histórica del paisaje no es raro que quede indeleblemente grabada en la cera sensible de la toponimia. Así Belorado, *bellum forado*, es decir, el hueco de la guerra. De ese modo ese pueblo castellano refleja, con su nombre, su situación sobre el portillo por donde tantas veces penetraron los ejércitos, procedentes del valle del Ebro, en la alta meseta castellana.

Están, además, los trabajos prácticos. El maestro debe acostumar al alumno a escribir sobre sus recuerdos personales, ya familiares, ya de cualquier hecho destacado que se haya producido y que haya vivido.

Por otra parte, la moderna técnica depara

grandes ocasiones, si bien no siempre realizables. Pero sin extendernos en la importancia de las proyecciones en aquellas escuelas que cuenten con tales medios —proyecciones de un alto valor educativo, si se les acompaña de los correspondientes comentarios—, hay que destacar la importancia que va adquiriendo el cine. Bien sabe el maestro cuán del agrado es de los niños la visión de películas de sabor histórico. Cuando la ocasión se le ofrezca, no debe pasarla por alto, recomendando no sólo el verla, sino pidiendo un comentario escrito, que luego puede glosar ampliamente en clase. ¿Qué niño, después de ver *El Cid*, no ha sentido vivos deseos de conocer más detalles sobre el reinado de Alfonso VI de Castilla?

Quedan, finalmente, las excursiones a los lugares impregnados de sabor histórico, como recompensa de un curso fecundo. Asimismo, la visita a los Museos de Arte, cuando ello sea posible, en cuyas colecciones de pinturas y esculturas se encuentran tantas veces galerías de personajes de una época, que ningún historiador podría mejorar.

Todo esto puede hacer el estudio de la Historia cual debe de ser en todo momento: ameno.

Y entonces considero que el maestro habría sabido cumplir aquella consigna que daba Ortega, cuando insistía en que enseñar no era tanto explicar por menudo una disciplina, como inyectar en el alumno el vivo afán por conocerla.

#### BIBLIOGRAFIA

- ALTAMIRA, RAFAEL: *Cuestiones modernas de Historia*. Madrid, 1904.  
RAMÓN MIRÓ, IGNACIO: *La enseñanza de la Historia en las escuelas*. Madrid, 1889.  
HINSDALE, B. A.: *El estudio y la enseñanza de la Historia*. Madrid, 1912.  
MANRIQUE, GERVASIO: *La historia de España en la Escuela*. Madrid, 1936.  
U. N. E. S. C. O.: *La enseñanza de la Historia*. París, 1955.  
GARCÍA MARTÍNEZ, ELADIO: *La enseñanza de la Historia en la Escuela*. Madrid, 1941.  
LLOBENS, MONTSERRAT: *Metodología para la enseñanza de la Historia*. Barcelona, 1961.

---

El presente nos parece, ordinariamente, muy difícil de comprender; una de las principales causas es que nunca lleva en sí mismo su propia explicación. No siendo, después de todo, más que un instante artificialmente recortado en el infinito desenvolvimiento de los tiempos, ha sufrido el empuje de las edades que le precedieron; está, no es su totalidad, ciertamente, pero sí en gran medida, dominado por el pasado, a veces un pasado muy lejano. No existe en historia más grande error que el confundir lo importante o lo activo con lo reciente. Y, no creo, que porque ella esté encomendada muy frecuentemente a ciertos espíritus pretendidamente modernos no deba ser más enérgicamente perseguida por quienquiera que realice el oficio de enseñar historia. Las sociedades humanas son personas muy viejas que sufren todavía profundamente la acción de los hábitos contraídos en su infancia.

(MARC BLOCH, *Seigneurie française et manoir anglais*. Cahiers des Annales, Armand Colin. París, 1960, págs. 11-12.)